APUNTES DE VIAJE

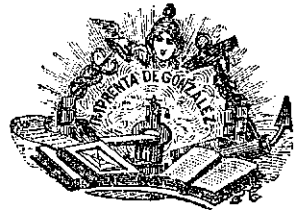
DE

SAN JUAN DE PUERTO-RICO

A LA SIERRA DE LUQUILLO,

POR

D. JOSE MARIA GUTIERREZ DE ALBA.



PUERTO-RICO.

1870.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

22 Y 23 DE MARZO DE 1870.

MARTES Y MIERCOLES.

Desde mi llegada á Puerto-Rico tenia un deseo vehemente de visitar dos de sus principales curiosidades: la sierra de Luquillo y las grandes cavernas de Aguas-buenas. Podia disponer aun de doce dias, toda vez que el Vapor inglés no salia de Santhomas para Santa Marta hasta el ocho ó el nueve de Abril, y por consiguiente podia aprovechar la salida del Aguila, para el primero de estos dos puntos, el dia cuatro, y estar à tiempo de tomar pasaje para el Continente.

Manifesté, pues, mi determinacion al general Sanz y á otros amigos, y D. Cárlos de Rojas me proveyó de una carta órden para que las autoridades de la Isla, me facilitasen cuantos auxilios pudiera necesitar para llevar á cabo una excursion que todos consideraban penosa y díficil.

Pocos preparativos necesitaba, porque mi amigo D. Bonifacio Benitez, hermano de la poetisa puerto-riqueña, debia acompañarme hasta el pueblo de Luquillo, que está al pié de la misma sierra, y un primo de este señor nos tenia preparado hospedaje en su hacienda, próxima á dicho pueblo. Sin embargo, era indispensable una operacion prévia, que siempre he querido practicar por mí mismo y era de cargar algunos cartuchos para mi escopeta, á fin de amenizar la espedicion con la caza y llevar un recurso mas, si nuestra escursion se prolongaba en las alturas deshabitadas.

Biblioteca Nacional de España

Retireme al hotel á las diez de la noche; y gracias á mi buen amigo Mr. Baall, que me ayudó en la operacion, los cartuchos estuvieron dispuestos á las tres de la mañana, y á las cinco tenia ya terminados todos los preparativos.

El carruaje estaba citado para las siete; de modo que me quedaban solo dos horas para el reposo. Poco era en verdad, y por la misma razon era preciso aprovecharlo. Me eché á dormir, y á las siete en punto me despertó mi criado. Una hora despues, mis amigos Benitez, D. Mariano Ramiro, jóven peninsular, que para restablecer su salud iba á pasar una temporada en el campo, y yo, tomamos el camino de Rio-piedras, con la velocidad propia de los caballos del país, que son infatigables.

Al llegar à esta poblacion, y miéntras mudaban el tiro, pasé un momento á saludar al general Sanz, que se hallaba en su casa de recreo, y este señor, sabiendo que pensábamos continuar en carruaje hasta la Carolina, donde nos esperaban caballos de montar, me anunció gravísimas dificultades en esta pequeña travesía, que es proximamente de dos leguas, por el mal estado del camino, á causa de las recientes lluvias, aconsejándome que tomáramos desde luego caballos de silla; pero el dueño del carruaje tenia gran confianza en sus caballos, y efectivamente, con solo una pequeña detencion en una cuesta áspera y pedregosa, nos condujeron con felicidad hasta el punto convenido.

En la Carolina encontramos ya caballos ensillados y otros de carga para conducir nuestro equipaje; y despues de visitar su pequeña y bonita Iglesia, recien abierta al culto católico y situada junto al camino entre un grupo de casitas de madera, continuamos nuestro viaje hácia Loiza, donde nos esperaba el almuerzo en casa del Alcalde, primo del Sr. Benitez.

Habíanme destinado un potro sabino de cuatro años, que mas que correr volaba, deslizándose como una exalacion por los deliciosos valles que ibamos cruzando, y donde la vegetacion tropical se ostenta con toda su vigorosa

Biblioteca Nacional de España

lozanía. Grupos de gigantes palmeras se destacaban á un lado y otro del camino; bosques de cocoteros limitaban alguna vez el horizonte; el corpulento mangó de tupido follaje y el mamey de hojas semejantes á las del cauchut y de un brillo estraordinario proyectaban alguna vez sobre nosotros, su agradable sombra, convidándonos á tomar algun momento de reposo.

Mas allá, los verdes cañaverales se agitaban al soplo de la brisa, con ese agradable y monótono ruido que forma como la base invariable de esa celestial armonía que difunde la naturaleza en todas partes, y principalmente en este suelo encantador en que la variedad de las aves es tan prodijiosa como la de los insectos, y todos contribuyen á formar eso himno eterno y melodioso con que la creacion animada, saluda al misterioso ser de quien recibe la existencia.

Como la mitad del camino llevaríamos andado, cuando llegamos á un ingenio ó hacienda propia de D. Jorge Látimer, Consul de la Union Americana, donde se practicaba la operacion de la zafra ó recoleccion de la caña de azúcar. Era la primera vez que aquel espectáculo se presentaba á mis ojos, y mis amigos, conociendo mis deseos de examinar, siquiera fuese rápidamente aquellas interesantes operaciones se detuvieron de buen grado; nos apeamos de los caballos, y penetramos en el vasto edificio, donde el ruido de una máquina de vapor puesta en movimiento y los esclavos que discurrian por todas partes ocupados en sus faenas, eran para mí, objetos de curiosidad vivísima. No me detengo ahora á describir lo que allí se ofreció á mis ojos, porque espero hacer la descripcion mas detallada, cuando examine con mas detencion las mismas operaciones, practicadas en la hacienda de D. Eujenio Benitez, que será nuestro punto de parada antes de la ascension á la sierra. No obstante, deseo consignar aquí, yo que no puedo ser sospechoso de esclavista, una observacion que hice á la pasada y no quiero relegar al olvido. El Señor Látimer pasa por ser uno de los propietarios de esclavos mas humanitario de la Isla, y la suerte de estos in-

Biblioteca Nacional de España

felices se hace mucho mas llevadera, cuando son tratados con la consideracion de seres humanos, como sucede en la casa que me ocupo. En efecto, los esclavos pertenecientes á ella tienen todas las comodidades que puede disfrutar un jornalero: buena habitacion, comida abundante, limpieza en el vestido y solo el trabajo que pueden desempeñar sin fatigarse demasiado, y teniendo en cuenta el sexo y la edad del individuo. El esclavo allí tiene mejores condiciones de existencia que la clase proletaria de la mayor parte de los paises agrícolas de Europa. La alegría, la satisfaccion y la salud, estaban pintados en el semblante de todos ellos; y es seguro que el dia en que el señor Látimer los declarase libres, ni uno de ellos abandonaría á su antiguo amo, ni querría cambiar la vida ordenada y relativamente feliz que hoy disfruta, por la incertidumbre azarosa del trabajador libre que ignora si un dia podrá encontrarse sin medios para atender á la subsistencia de su familia.

Allí nos detuvimos como una media hora, examinando rápidamente las principales dependencias de la finca. El administrador, capataz ó mayordomo nos obsequió con un vaso de *guarapo* que es el jugo de la caña, segun sale de los cilindros que la exprimen, y que se considera en el país como un escelente refresco. Despues volvimos á montar en nuestros caballos y continuamos siempre con rumbo al Este hácia la falda de Luquillo, que con su corona de nubes se destacaba sobre el fondo azul de una atmósfera serena.

A poco de salir del ingenio, atravesamos en una barca el rio mas caudaloso de la Isla llamado por esa razon Rio-grande, cuyas aguas trasparentes, iban á perderse á pocas millas al Norte, entre las agitadas olas del Atlántico. Luego tuvimos que rodear otro riachuelo con el agua á la silla de los caballos, y á poco mas de las dos de la tarde divisamos un bosque de palmas y cocoteros, entre los cuales oculta sus ligeros *bohios* y modestas casitas de madera, el alegre pueblecito llamado Loiza, del nombre de una cacique célebre de la época del descubrimiento. La situacion de este

Biblioteca Nacional de España

pueblo no puede ser mas bella ni agradable. Oculto en un ángulo formado por la costa y en la embocadura del mencionado rio, que se desliza mansamente sobre un lecho de menuda arena; ocultas sus casas como otros tantos nidos, entre un espeso bosque de palmeras; templado su ambiente por las brisas del mar y las frescuras de la tierra próxima, es el punto mas apropósito para la morada de un hombre, que, exento de ambicion y buscando la felicidad dentro de sí mismo, quisiera consagrarse á la contemplacion de la naturaleza.

Al entrar en el pueblo, llamó mi atencion un grupo de tres jóvenes negras, que al rededor de un gran mortero formado del tronco de un àrbol, se ocupaban en limpiar un poco de arroz, que aquí se produce en abundancia y sirve como uno de los principales elementos. Las jóvenes contestaban agradablemente á nuestras preguntas, cuando del próximo bohío salió por un ventanillo la cabeza de un nuevo Otelo, á quien sin duda mortificaba nuestra presencia entre sus hermanas ó hijas, y nos preguntó de un modo brusco que era lo que allí buscabamos. Nosotros le contestamos con la misma entonacion y frases análogas á las que el habia empleado en sus preguntas. La cabeza del negro desapareció entónces como la de una de esas figuras mecánicas que encerradas en una caja de sorpresa, sirven de juguete á los niños, y pasamos adelante. Al entrar de la calle y junto á la Iglesia antigua del pueblo, destruida en parte por el último terremoto, se alza una casita elegante y graciosa, pintada en el esterior de blanco y verde y levantada segun el uso del país, sobre pilares de madera clavados en el suelo, sirviendo el espacio que queda debajo del piso, de cuadra ó establo y cerrado solo por una valla. En esta casita, donde el aseo y buen gusto del interior rivalizaban con el esterior sencillo y agradable, nos esperaban á mesa puesta y hallamos la franca y cariñosa hospitalidad que aquí halla siempre el viagero, sea cualquiera la condicion y clase á que pertenezca.

Nuestro huésped, D. Javier Zequeira, es el Alcalde del

Biblioteca Nacional de España

pueblo, y aunque yo llevaba una carta oficial del Director de Administracion para todas las Autoridades de la Isla, no fué necesario hacer uso de este documento, porque nos dirijiamos á su morada conducidos por D. Bonifacio Benitez, su pariente, que lo es tambien de muchas de las personas principales de la Isla por pertenecer á una de las familias mas antiguas, mas nobles y mas ramificadas en toda ella.

El Señor Zequeira es un jóven de unos treinta años de edad, de una instruccion bastante sólida, de una inteligencia muy despejada, y sus modales finos sin afectacion y modestos sin dejar de ser dignos, revelan en él, una educacion esmerada y el trato frecuente con personas de una sociedad escojida. De las mismas cualidades participa tambien su señora, y una hermana de esta que hicieron los honores de la hospitalidad de su hogar con una delicadeza estremada y adelantándose siempre á nuestros deseos.

Despues de una comida verdaderamente opípara, de la que no faltó ninguno de los requisitos que solo se llenan con facilidad en las grandes poblaciones, nos dispusimos á continuar nuestro viaje á la caida de la tarde, con el fin de llegar al anochecer á la hacienda del Sr. Benitez, donde tambien se nos esperaba.

Dos horas de reposo bastaron para rehabilitar nuestras fuerzas; y cuando ya el sol iba á ocultarse en el horizonte, montamos á caballo, y emprendimos la ruta hácia el rio de los mameyes, cuyas márgenes sirven de límite á la posesion de nuestro futuro huésped.

A la media hora de marcha, nos sorprendió la noche que en estas latitudes sucede al dia con solo algunos momentos de crespúsculo y empezó una ligera llovizna. El señor Zequeira que nos acompañaba y que nos habia instado mas de una vez, para que detuvieramos nuestra marcha hasta la mañana siguiente, nos rogó que volviesemos á su hogar, ponderándonos lo incómodo del viaje nocturno y las bellezas de los lugares que teniamos que atravesar y que no pueden apreciarse sino á la luz del dia. Sus argumentos eran de gran

Biblioteca Nacional de España

valor para nosotros: la eleccion no podia ofrecer la mas mínima duda, así es que volvimos las riendas, y caminando con celeridad, à los pocos minutos nos encontramos en Loiza con general satisfaccion, de la que participaban ostensiblemente el señor Zequeira y su apreciable familia.

En dos dias llevaba atrasado mi diario y me propuse hacer en él algunos apuntes, pero en vano. No habia dormido la noche anterior mas que dos horas escasas; el sueño era superior á mi deseo; mis párpados, se cerraban contra mi voluntad; y cediendo á aquella fuerza invencible, me despedí de mis amigos, y me retiré á descansar en un limpio y cómodo lecho que me brindaba el reposo con su blancura resplandeciente.

Dos cosas á cual mas agradables habian fijado mi atencion, durante nuestra corta velada, y ambas debian contribuir á hacerme mas grata aquella morada inolvidable: la una, la lectura de varias poesías que el dueño de la casa me leyó, de su señor padre, con la veneracion y respeto de un buen hijo; la otra, el ver á la hermana política del señor Zequeira, dormir en sus brazos con el amor de una madre, à una negrita de dos años, hija de una antigua esclava de la familia, é identificada con ella de un modo que haría olvidar sus prevenciones contra la esclavitud al abolicionista mas intransigente.

Aunque con alguna pereza, nos levantamos el juéves 24 á la seis de mañana, y despues de un ligero desayuno, miéntras acababan de ensillar los caballos, divisé en la orilla del rio, un ave para mi desconocida; me dirijí á ella con la escopeta preparada; el ave levantó el vuelo; pero antes de que se alejara demasiado la alcanzó el plomo y cayó mortalmente herida en medio de la corriente. Un negro pescador que atravesaba en una balsa, se apoderó de ella y me la trajo á la orilla. Era una garza azul, la primera que habia visto de su especie, y aunque mas pequeña que las de Europa y de plumaje menos variado, la hubiese conservado con gusto, á haber tenido proporcion de disecarla.

Biblioteca Nacional de España

Tendria como dos piés y medio de envergadura, y otro tanto próximamente desde la punta del pico hasta el extremo de las plumas caudales. Su color azul oscuro bastante uniforme, tenia cambiantes algo cobrizos en el cuello, y lo que mas llamó mi atencion fué una lista de plumas largas y muy estrechas que tenia desde la cabeza á la cola, y que podrian servir de bellísimo adorno en el sombrero de una señora ó de un niño.

A las 7 montamos á caballo y emprendimos nuestra marcha acompañados del señor Zequeira, que no permitió abandonarnos hasta llegar à los Mameyes, y dejarnos por decirlo asi en poder de otro huésped no menos afable y cariñoso, su primo D. Eujenio Benitez.

En el espacio que media entre la casa del uno y la del otro, que será próximamente cinco leguas y media, pasamos por delante de multitud de *bohios*, en los cuales habia mucha gente de color ocupada en la elaboracion de pan y almidon de *yuca*, tubérculo algo semejante á la patata, que se cultiva mucho en el país y que es uno de sus productos mas importantes, despues de la caña, el café y el tabaco.

El terreno en esta parte es mas accidentado, porque se va acercando á la sierra; la vegetacion era en un todo igual á la que habiamos visto en el dia precedente; pasamos varios riachuelos y arroyos, que todos arrastran arenas auríferas y siguiendo un camino que nada tendrian que envidiar los que los indios dejaron á los primitivos colonos, atravesamos el pequeño pueblo de Rio-grande y llegamos cerca del medio dia á la Hacienda de D. Eujenio Benitez, que ya nos estaba aguardando.

Este caballero que es jóven tambien, y muy laborioso, á lo cual debe una envidiable fortuna, trabaja con fé para acrecentarla para sus hijos y acaba de montar un ingenio de notables proporciones, sin la ayuda del trabajo esclavo, sino fiado en los jornaleros del país, á los que paga un salario bastante crecido.

Miéntras se acababa de disponer el almuerzo, bajo la

Biblioteca Nacional de España

direccion de la Señora, modelo de las buenas madres de familia, tuvimos el gusto de acariciar á sus cuatro pequeños hijos, de los cuales el mayor tendrá unos siete años.

Despues nos condujo á ver las operaciones de su fábrica, que aun no está del todo concluida y que ostenta en su parte superior una bandera española, como emblema de los patrióticos sentimientos del dueño de la finca. Esta se compone de varios cuerpos de edificio. En uno de ellos está la máquina de vapor que mueve los cilindros donde es exprimida la caña, las calderas ó *pailas*, donde el jugo se cuece hasta el punto necesario y las grandes artesas donde se deposita el jarabe para que se enfrie y cristalize. De allí pasa á otro departamento, donde se hallan los *bocoyes* ó barricas donde vuelve á colocarse ya cristalizado. En aquellos receptáculos acaba de purgar ó quedarse limpia de la melaza que no llega á solidificarse, y que por eso se llama miel de purga, que por medio de agujeros practicados en el fondo pasa à un depósito comun, de donde se extrae por medio de una bomba mecánica que la conduce á un aparato destilador, para atraerle el espíritu que con el nombre de rom ó aguardiente de caña, es objeto de un gran comercio.

En otro departamento se va depositando el bagazo ó residuos leñosos de la caña exprimida, que despues de seca sirve de alimento à los hornos de calefaccion, alternando con la leña.

A poca distancia, se levanta otro, dividido en muchas pequeñas piezas que sirven de habitacion á los operarios, y entre todos ellos descuella la casa del *señor* ó dueño de la finca, con vistas á todos lados para poder vigilar las operaciones.

Concluida la inspeccion del ingenio, pasamos al comedor, donde con envidiable apetito dimos buena cuenta de los muchos y excelentes manjares que se nos sirvieron con mano pródiga, sin escasear las libaciones del Burdeos y Oporto, que hacia nuestra conversacion mas alegre y animada. Durante el dia, empezamos á formalizar nuestro pro-

Biblioteca Nacional de España

yecto de ascencion á la sierra, al cual contribuyó mucho nuestro ilustrado Alcalde de Luquillo D. José Coca, que se puso bondadosamente á mis órdenes y tomó á su cargo el proporcionar guias experimentados y peones de carga, para hacer ménos díficil la realizacion de mi propósito. El señor Coca se retiró y como se necesitaba un dia para preparar lo necesario, determinamos emplear el viernes en hacer una ligera escursion en carruaje al pueblo de Fajardo, que dista tres leguas de la posesion del Sr. Benitez.

Al amanecer del viernes 25, teniamos ya dispuesto un carruaje para marchar. Tomamos un ligero desayuno y partimos con la celeridad que aquí se recorren las distancias, cruzando á todo correr por caminos que no tienen de tales mas que el nombre, y expuestos á cada instante á un grave peligro. En ménos de media hora llegamos al pueblo de Luquillo, y despues de visitar su pequeña Iglesia de madera donde se estaba celebrando misa, pasamos á saludar á la familia del señor Coca, acompañados de éste que habia salido á nuestro encuentro. El modesto Alcalde de Luquillo vive con su esposa, dos hermanas y cinco hermosos niños, de los cuales el mayor no llegará á diez años, en esa honrosa y envidiable mediania que nuestro poeta canta, celebrando al sábio que huye al mundanal ruido. Sin embargo, en un país, en que el gobierno prodiga pingües sueldos á sus empleados, los alcaldes de poblaciones pequeñas, que ejercen un cargo retribuido, tienen una mezquina asignacion, que apenas les basta para cubrir sus perentorias necesidades. Hacía ya bastante calor y aceptamos un vaso de cerveza que nos ofreció el señor Coca con la mayor voluntad del mundo, despidiéndonos de él y de su familia hasta la tarde que debiamos verificar por el mismo punto nuestro regreso.

Llegamos á Fajardo antes del medio dia, y otro primo del señor Benitez D. Manuel Guzman, rico propietario y Alcalde del pueblo, pero que sirve el cargo sin sueldo alguno y solamente *ad-honorem*, nos recibió en su elegante y cómoda casa, situada á un extremo de la poblacion y cons-

Biblioteca Nacional de España

truida de madera, pero con todo el *confort* y el buen gusto que se puede exigir y es de rigor en estos paises.

Como tenian aviso de nuestra llegada, el señor Guzman, su digna esposa y su hermana, dos de sus niños y el médico del pueblo, nos esperaban con una espléndida y lujosa mesa, que en el momento fué servida. Almorzamos con el apetito de siempre, y miéntras se enganchaba otro carruaje para bajar al puerto que distará de la poblacion una media legua salimos á dar un paseo por las calles principales. Las huellas, del último terremoto se notaban aun en algunas casas, y la Iglesia habia sido completamente demolida, para levantar en su lugar otra nueva. Yo aconsejé al Alcalde que sustituyeran á la mampostería, la madera y el hierro, y lo dejé muy inclinado á ponerlo en práctica.

El culto católico, habia recibido hospitalidad en un modesto templo de Talía, habilitado provisionalmente y à la ligera.

A la una de la tarde bajamos al puerto, donde vimos aun los extragos del huracan, precursor del terremoto que destruyó todos los edificios que existian en el muelle, inclusa la Aduana. El puerto de Fajardo, es un puerto magnífico: tiene mas de tres millas de circunferencia; su forma es la de una herradura, y en la parte de la izquierda, que está resguardada por altas colinas, pueden fondear buques de gran calado.

Dimos un paseo por la playa, suave y arenosa hasta la embocadura del Fajardo, rio que pasa á corta distancia del pueblo del que lleva el nombre, y le surte de aguas potables.

Desde allí divisamos á mas ó ménos distancia los muchos y fértiles Islotes, que por todas partes surgen del mar como centinelas avanzados que velasen por la seguridad de un grande ejército. A las dos de la tarde sofocados por el calor tropical, por no moverse un átomo de brisa, volvimos á casa del Alcalde, donde nos refrescamos un poco, y una hora despues nos despediamos con sentimiento de aquella amable familia, que se lamentaba de nuestra corta permanencia en aquel lu-

Biblioteca Nacional de España

gar, y regresamos á Luquillo donde se nos incorporó el señor Coca, dispuesto á acompañarme en mi penosa ascencion á la sierra, empresa árdua y peligrosa, calificada por uno de los trabajos de Hércules.

Llegados á la hacienda de los Mameyes, donde ya nos esperaba uno de nuestros guias, pasamos la tarde en preparativos para la marcha, y nos retiramos á descansar para levantarnos tan pronto como asomasen los primeros albores del dia.

Solo dos personas se hallaban dispuestas á acompañarme: el señor Coca á quien ya he tenido el gusto de nombrar, y el Señor Zequeira, Alcalde de Loiza. D. Bonifacio Benitez es muy amante de su comodidad; su primo D. Eujenio no podia desatender las obligaciones de su hacienda, y mi pobre amigo Ramiro se hallaba bastante delicado; y para él, el subir á la sierra, tras de ser casi imposible, hubiera sido un verdadero suicidio.

Cuando todos se acostaron, yo solo me quedé en vela, ordenando mis apuntes de los dias precedentes, operacion que no terminé hasta bien entrada la noche. Las doce serian próximamente cuando me quedé dormido, y á la una y cuarto me despertaron, dando fuertes y repetidos golpes á la puerta de mi habitacion. Levanteme sobresaltado, y pregunté quien llamaba y que era lo que quería. Díjome una voz que era un criado del señor Zequeira, del cual me traia una carta que debia entregarme en mano propia. Abrí la puerta, tomé la carta y leí su contenido con verdadero disgusto. El Alcalde de Loiza se lamentaba de no poder acompañarme, por haber encontrado al volver á su casa, gravemente indispuesta á su señora. Acusele el recibo de su misiva, doliéndome de la causa que la habia motivado, y me volví al lecho de donde me arrancaron antes de amanecer, diciéndo que ya estaba todo dispuesto.

Tomamos nuestro café que es aquí el desayuno indispensable. Debiamos subir á caballo hasta la casa del Gefe de nuestros dias, que es un jíbaro que ha nacido en la sierra y

Biblioteca Nacional de España

vive en la falda de ella con su familia. Un hijo de este, moceton robusto de unos veinte años llamado Jesus, y un negro criado del Sr. Coca, tenian ya nuestros caballos de la brida con la silla puesta y otro cargado con las provisiones de boca y utensilios para el campamento, toda vez que, lo ménos dos noches habiamos de pasar en las alturas completamente deshabitadas.

Ya asomaban los primeros reflejos de la aurora, cuando nos despedimos de nuestros amigos, montamos á caballo y emprendimos la tan por mi deseada escursion á la sierra de Luquillo, siguiendo las márgenes de un claro arroyuelo, que serpenteaba entre gigantescos arbustos, elevadas palmeras y graciosos bosquecillos de plátanos, agrupados siempre alrededor de los *bohios*.

Como una hora tardamos en llegar á la habitacion del práctico que nos debia guiar en el confuso dédalo de aquel mar inmenso de verdura.

Juan Fuentes, que tal es el nombre de nuestro director de escena, es un jíbaro de 60 á 65 años, de rostro enjuto y musculatura vigorosa. Sus ojos un tanto apagados y la lentitud con que pronuncia un corto número de frases, que le son familiares y que acompañan siempre á la manifestacion de todas sus ideas, la dan muy clara de su temperamento y de su educacion sencilla y en cierto modo religiosa; pero de esas que hacen consentir la religion en el abuso de algunas palabras que son como de exordio y el epílogo de todos, hasta sus mas breves dicursos.

El bueno del Señor Juan Fuentes, es Gefe de una numerosa familia compuesta de su esposa y siete hijos, varones en su mayor parte y que le ayudan ya en sus faenas campestres.

Cuando llegamos á su cabaña ó *bohio* situado como unos cinco kilómetros dentro de la sierra, ya nos estaba esperando con otros tres de sus hijos. Su esposa y dos hijas, mujeres ya, y una de ellas con un niño en los brazos, se hallaban alrededor del hogar, en que ardian algunos pequeños tron-

Biblioteca Nacional de España

cos, ateridos de frio, sin embargo de que el termómetro de Reaumur, no marcaba ménos de 14 ó 15 grados.

Desde allí vino la salida del sol, cuyos rayos penetrando por entre los árboles del bosque é iluminando al través las gotas de lluvia ó rocío, pendientes de sus hojas, daban reflejos de distintos colores, como si reverberasen sobre un campo sembrado de las mas variadas multitud de piedras preciosas.

Despues de tomar un refrigerio para adquirir fuerzas, salimos del *bohio*, todavia á caballo; pero á distancia de unos dos kilómetros tuvimos que echar pié á tierra, quedando un criado con las cabalgaduras, hasta nuestro regreso, acompañándonos otros tres, cargados con los víveres, y dos hamacas, algunas mantas y mis cajas de cartuchos que aunque fueron inútiles por falta de caza, no eran las de ménos peso.

Mi impertérrito amigo el señor Coca, se proveyó de un baston grueso y puntiagudo, yo me ceñí mi canana, me eché al hombro mi escopeta, y con el capote impermeable á guisa de bandolera y mi baston de seguridad, emprendimos la subida siguiendo el sendero que desde el dia anterior iban abriendo dos hombres del país, con hachas y machetes.

Los primeros pasos fueron dados por el fondo de una quebrada, cuyas enormes piedras estaban cubiertas de una ligera capa de musgo, donde nuestros piés resbalaban á cada instante como si pisásemos sobre un cuerpo bruñido y untado de jabon ó sebo. Desde allí empezaba el bosque á agigantarse y á ser mas compacta la maleza, y como en la sierra toda, apenas pasa un dia en el año sin que la lluvia caiga en abundancia, la humedad del suelo es tan grande, que no hay donde sentar el pié sin encontrar un charco, ó un barrizal, ó una raíz ó piedra resbalosa. La empinada é inacabable garganta por donde ibamos trepando, era como una inmensa escalera, cuyos peldaños tenian á veces mas de dos metros de elevacion, y entonces era necesario trepar agarrados á las ramas ó las raices de los árboles mas próximos, que á veces se nos quedaban entre las manos con gran peligro de caer de espaldas al fondo de un abismo.

Biblioteca Nacional de España

La palma brava con su elegante y movible penacho; el corpulento laurel rosa, cuyas enormes raices se estienden á gran distancia del tronco, fuera del suelo y en forma de tablas colocadas en sentido vertical al rededor del á rbol; el manzanillo de mortífera sombra; el yagrumo cuyas anchas hojas, semejantes á las del castaño de Indias, pero infinitamente mayores, tienen la superficie superior verde y lisa y la inferior blanca y algo vellosa, y poseen la cualidad singular de volverse lo de arriba, abajo, tan pronto como el sol las calienta; otra multitud de árboles para mí desconocidos, el bejuco trepador que se sube hasta las copas mas elevadas y la inmensa cantidad de plantas parásitas de que todos los árboles estan cubiertos, formaban sobre nuestras cabezas una bóveda impenetrable, donde el aire enrarecido y el vapor caliente que se levantaba del suelo, impregnado del olor cáustico que produce la fermentacion de tantas plantas como allí se pudren para convertirse en humo, formaban á nuestro alrededor una atmósfera pesada y casi irrespirable, que hacia latir con fuerza nuestras sienes y fatigaba nuestros pulmones.

Nuestros guias y hombres de carga mas acostumbrados que nosotros á aquel aire mefítico, trepaban por todas partes como los cuadrúmanos y sus piés completamente desnudos, eran insensibles al cortante filo de algunas rocas y hasta á las espinas de los matorrales. Sin embargo, á veces se fatigaban, y entónces nos sentábamos todos sobre el musgo empapado de agua, ó sobre el tronco de algun árbol viejo y carcomido, que con sus despojos servia de alimento á millares de plantas de diferente forma y tamaño.

Como á la mitad de la primera cuesta nos sorprendió un fuerte chubasco; pero el Cielo que no queria que nuestra paciencia se agotase, nos deparó un abrigo debajo de dos enormes piedras desprendidas de la montaña y detenidas en la mitad de su descenso por otra roca saliente. Allí nos detuvimos como una hora que no quise desperdiciar, y sacando papel y un tintero de mi campaña, la empleé en hacer los

Biblioteca Nacional de España

primeros apuntes de esta escursion que no me atrevia á confiar enteramente á la memoria.

Mi amigo el Alcalde de Luquillo, iba todavia muy animoso, y ámbos nos complacíamos de antemano en el triunfo que íbamos à obtener de los obstáculos amontonados allí por la naturaleza.

Cuando cesó la lluvia, gritamos á un tiempo ¡adelante! y nuestro guia invocando continuamente el nombre de Dios y de su madre, y gritando "Viva la Vírgen" cada vez que salvaba un escollo, iba delante con su machete cortando ramas y serpenteando entre la maleza, como penetra en ella el robusto jabalí, de las montañas de Europa, abriéndose paso con sus afilados colmillos.

A las tres horas de ascension, llegamos por fin á la cumbre del primer monte, donde por fortuna encontramos un sitio de ménos espesura, donde el aire y el sol penetraban. Hicimos un alto como de media hora, y refrescada nuestra frente por la ligera brisa y fortalecidos nuestros pulmones por aquel aire mas puro, cobramos nuevo vigor para continuar nuestra penosa marcha.

Desde allí tendimos la vista hacia la segunda montaña que íbamos á escalar llamada la *Sabaneta*, que sirve de estribo de otra mucho mas elevada, que lo es á su vez de una tercera denominada *Buenavista*, de la cual arranca la que domina á todas las demas que forman la cadena, y se distingue en el país con el nombre del *Yunque*, punto sobre el cual deseabamos fijar nuestra planta.

Antes de subir á la *Sabaneta* teniamos que atravesar otra garganta profundísima. El descenso estaba erizado de escollos; pero no vacilamos, á pesar de que nuestro guia en medio de sus religiosas invocaciones, perdió dos veces el camino quelos itinerarios iban abriendo, y tuvimos que retroceder á buscarle.

Nada es comparable con la magestad agreste de aquellos lugares horribles, donde á cada paso hay un precipicio, donde el suelo se halla cubierto de una red, formada por las

Biblioteca Nacional de España

raices salientes, donde por su especial posicion hizo mayores estragos el huracan de 1867, y se ven por todas partes multitud de troncos enormes con las ramas en el suelo y las raíces levantadas en alto; montones de árboles tronchadas por la fiereza del viento y agrupados por el remolino, formando inmensas pirámides de leña muerta, sobre la cual se pòsa alguna vez el *Guaraguao*, especie de Milano, para acechar su presa.

Yo que muchas veces habia admirado como obras de la prodijiosa fantasía de Gustavo Dorcé, sus magníficas ilustraciones del Dante, no he comprendido hasta ahora el profundo estudio que el gran artista ha debido hacer de la naturaleza.

Por fin atravesamos aquella infernal garganta, y á las dos de la tarde con los piés molidos y empapados en agua, desgarradas las ropas y jadeantes de fatiga, llegamos á la *Sabanela* donde se nos reunieron los dos esploradores que nos precedian é hicimos alto.

Allí desaparecen completamente los àrboles; la vegetacion queda reducida á apretados arbustos de retorcido tronco, y de uno á dos métros de elevacion, se respira un aire purísimo y disfrutan los ojos de un panorama que es mas fácil de ser admirado que descrito.

La necesidad de algun descanso y la de tomar algun alimento, pues eran ya cerca de las tres de la tarde, nos hicieron detenernos unos cuarenta minutos, que se emplearon en calentar algunas viandas y hacer un poco de café que hubimos de tomar á *puya*, como dicen en el país, por haberse olvidado poner azúcar entre nuestras provisiones. Yo comí muy poco, porque me dolía perder en otra cosa el tiempo que podia emplear en dirigir el anteojo hácia el inmenso y bellísimo panorama que á nuestros piés se estendia.

En los primeros estribos de la sierra donde el terreno se halla cultivado, distinguíase una multitud considerable de *bohios*, entre plantaciones de palmeras, cafetales y plátanos. Mas allá en las colinas ménos elevadas y en los valles fron-

Biblioteca Nacional de España

dosos, que se estienden hasta las arenosas playas, se veian los campos sembrados de caña de azúcar, como espaciosas sábanas de un verde claro tendidas alrededor de las haciendas, de cuyas altas chimineas se elevaban gigantescos penachos de humo, que despues de flotar en la direccion del viento se desvanecian en la atmósfera. Por todas partes el paisaje se veia animado por grupos de caballos y vacas paciendo en las praderas, por largas filas de carros de bueyes conduciendo la caña cortada hacia los ingenios ó volviendo de ellos para conducirla. Un poco mas léjos, á la derecha veíase el pueblo de Fajardo, que casi se confundia con su puerto; mas á la izquierda, Luquillo que parecia dormir recostado sobre la playa, y todo esto cruzado de plateadas cintas que tales parecian los riachuelos y arroyos, que por donde quiera serpeaban. Luego los pequeños Islotes que se alzan acá y allá cerca de la costa, rodeados de peligrosos arrecifes, donde las olas se sublevan bramando y se convierten en montañas de blanca y resplandeciente espuma; y en último término las Islas Culebra, Vieques y San Thomas, medio veladas entre la niebla y confundiendo los picos de sus elevadas montañas entre las nubes

¡Qué espectáculo! No lo olvidaré en toda mi vida, y doy por bien empleadas las penalidades de mi fatigosa ascencion, que quedaban prodigamente compensadas con solo un momento de contemplar desde aquella altura el conjunto de maravillas agrupadas allí por la naturaleza.

Fortalecidos ya por nuestro refrigerio volvimos á emprender la marcha á las tres y media de la tarde, con ánimo de caminar hasta las cinco, y establecer el campamento en el lugar mas apropósito para pasar la noche, que prometia ser lluviosa, segun las espesas nubes que se amontonaban sobre nuestras cabezas.

Teniamos delante otra profunda quebrada, á cuyo fondo era preciso descender antes de subir à *Buenavista*, último cerro que nos separaba del *Yunque*, término anhelado de nuestro viaje.

Biblioteca Nacional de España

No bien nos alejamos de la *Sabaneta*, el bosque volvió á adquirir su aspecto salvaje; la maleza se apretaba mas y mas, los troncos de árboles derribados eran mas numerosos y nuestro tránsito se hacia cada vez mas díficil. Uníase á esto el grave inconveniente de una yerba espesísima que crece en aquellos lugares hasta la altura de tres ó cuatro metros semejante á la de los juncales de Europa; pero cuyas hojas estrechas y largas estan provistas en la parte inferior de menudos dientecillos retractibles en forma de sierra, que se adhiere á cualquier objeto con una fuerza tal que destrozan la ropa y arañan profundamente la piel dejando un escosor que molesta mucho por espacio de algunas horas. Yo, apesar de mis guantes y de haberme cubierto el cuello con un pañuelo saqué varios arañazos y no pocos desgarrones en el vestido. La tal yerba es conocida en el país con el nombre de *lambedora* y se produce en él con lamentable abundancia. Ignoro cual sea su nombre científico; pero me es tan poco agradable su recuerdo que no trataré de investigarlo.

Dos contratiempos vinieron de pronto á aumentar nuestra situacion angustiosa: la lluvia que empezó á caer á torrentes y el haber perdido nuestros guias el camino abierto por la mañana. Abrióse nuevo paso hacia el fondo de la quebrada, y ya cerca del oscurecer encontramos una gran piedra levantada en plano inclinado bajo la cual podiamos guarecernos; pero la cabidad no era suficiente para contener ocho personas, y ademas el suelo pantanoso nos ofrecia otro inconveniente bastante grave; pero todo cedió ante la necesidad de instalarnos antes que llegase la noche y nos decidimos á falta de otro mejor á aceptar aquel incomodo alojamiento.

Nuestros gíbaros derribaron en pocos minutos algunos árboles cuyos troncos apoyados por una parte en la piedra y por la otra en el suelo, formaron una especie de techo que se cubrió con hojas de palmera, y otras hojas de la misma especie tendidas sobre el terreno húmedo, hicieron mas soportable el piso de nuestra tienda improvisada.

Biblioteca Nacional de España

En uno de los costados y debajo de la piedra se encendió un buen fuego con que secamos un momento nuestras ropas; suspendiéronse aunque con trabajo nuestras hamacas entre un ángulo saliente de la piedra y el tronco de un árbol, y con el deseo de entregarnos al reposo, cenamos fiambre, tomamos nuestro café, sin azucar, bebimos unas gotas de brandy y nos acostamos con resignacion digna de mejor suerte. Algunos de los gíbaros ocuparon la cabida de la piedra, cerca del fuego, no obstante el fundado temor de que algun *guabá* los despertase con su venenosa picadura. El *guabá* es una gruesísima araña, cubierta de bello largo y espeso que habita por lo regular en las profundas concavidades de las rocas y cuyo veneno, si bien no es mortífero, produce intensos y muy prolongados dolores.

Como las hamacas en que mi amigo Coca y yo descansabamos tenian precisamente los mismos pumtos de apoyo, y la suya estaba amarrada un poco mas larga, le cubria yo en parte con mi cuerpo. Esto fué una ventaja para él, porque la lluvia, que casi no cesó en toda la noche, y que concluyó por filtrarse al través de nuestro fragil é improvisado techo, no podia llegar hasta él, sino despues de empapada mi hamaca. Entonces nos acordamos de nuestros capotes impermeables con los cuales nos cubrimos lo mejor que nos fué posible y cerramos los ojos esperando que el cansancio nos acarrease el sueño. Pero como todo parece que se conjuraba contra nosotros, el humo nos fatigaba, incomodabannos los mosquitos y hasta una multitud de ranas ó sapos, invadió nuestra morada por todas partes y con su algarabia infernal no interrumpida un solo momento, nos atronaban los oidos, como si se propusieran que no disfrutáramos ni un instante de reposo. Sin embargo era tal nuestra postracion que á pesar de los sapos, los mosquitos, el humo y la lluvia, nos dormimos profundamente.

Cuando despertamos el dia 27, la primera luz de la aurora empezaba ya á iluminar la cabaña. Entónces nos levantamos todos; se avivó el fuego casi estinguido; toma-

Biblioteca Nacional de España

mos café; nuestros guias continuaron abriendo paso en la maleza; el sol disipó algun tanto las nubes; cesó la lluvia, y miéntras se disponia el almuerzo, saqué mi tintero y continué mis apuntes.

Serian las diez, cuando los jíbaros regresaron al vivac con una noticia descosoladora: era tal el estado del bosque en aquellas alturas que necesitaban por lo ménos dos dias para hacer algo practicable el camino hasta la cima del *Yunque*.

En toda la mañana no habian podido abrirse paso, mas que hasta la cumbre del cerro de *Buenavista*, distante á lo sumo dos kilómetros. Mi amigo Coca y yo entramos en consulta, vimos que nuestra provision de víveres no alcanzaba para cuatro dias que pudiéramos tardar en volver á terreno habitado; por otra parte mi necesidad de regresar pronto á Puerto-Rico, y visitar aunque fuese á la ligera otras curiosidades de las Isla, todo contribuyó á formar nuestra decision, y determinamos subir á *Buena-vista*, y volver desde allí sobre nuestros pasos en el ménos tiempo posible.

Almorzamos, pues, con alguna precipitacion; dejamos en la tienda cuanto pudiese embarazar nuestra marcha, y al punto del media dia nos encontramos en la cumbre del cerro, á la vista del *Yunque* tan deseado, y sin poder llegar hasta él, no obstante que á la simple vista apercibiamos ya hasta sus menores detalles.

Allí nos detuvimos como un cuarto de hora divisando aunque confusamente al través de las nubes, que pasaban á nuestros piés, una gran estension de terreno, dimos un adios doloroso á aquellas rocas solitarias, y una hora despues saliamos de nuestra choza en direccion à la *Sabaneta*.

Yo no sé si el deseo de volver pronto à donde la comodidad nos aguardaba, ó que el descenso se hacía mas fácil que la subida, lo cierto es que á las 4 de la tarde teníamos ya andadas las dos terceras partes de nuestro camino. Uno de nuestros guias habia sido atacado de fiebre; el señor Coca se hallaba lastimosamente estropeado, hasta el punto de tener

Biblioteca Nacional de España

que ayudarle en su marcha uno de los jíbaros mas robustos, así es que cuando llegamos á la cueva, donde habíamos descansado el dia anterior por la mañana, el Alcalde de Luquillo, daba á todos los diablos la ascension á la sierra, y juraba no volver á intentar semejante locura, á no interesarse en ello su vida propia, la de alguno de sus hijos, ó un gran servicio á la patria.

Hubo entónces un momento de vacilacion y casi estábamos decididos á pasar la noche en la cueva, temerosos de que nos sorprendiese la oscuridad entre aquellos horribles derrumbaderos, pero una mentira inocente de que me valí, dió á todos ánimo, para acabar de bajar la cuesta y llegar con luz del dia al sitio donde podiamos montar á caballo. Esta mentira fué atrasar mi reloj media hora, y ella nos libró de pasar otra noche á la intemperie.

Formada ya nuestra determinacion irrevocable, abandonamos la cueva y aunque con gran trabajo, llegamos al ocultarse el sol al término de nuestro viaje pedestre. Uno de nuestros guias mas ágiles se habia separado de nosotros para ir à buscar las cabalgaduras, y esperando su regreso, hicímos nuestra última comida y los jíbaros recibieron contentos el pago de su trabajo. Los caballos tardaron poco en llegar: montamos en ellos; bajamos juntos hasta el bohío de nuestro anciano conductor, donde nos despedimos de él y de los suyos, y contentos y alegres, llegamos á las 8 de la noche á la Hacienda de nuestro amigo D. Eujenio Benitez, que ya no nos esperaba. Desde allí el intrépido Alcalde, mi simpático y fiel compañero, continuó sin detenerse hasta Luquillo, para descansar completamente en su tranquilo hogar y entre los brazos de su cuidadosa familia.

Cuando mis amigos Ramiro y D. Bonifacio, que habian pasado el dia en el inmediato pueblo, regresaron á la Hacienda, ya descansaba yo en el dulce regazo de Morfeo, sin humo, ni lluvia, ni mosquitos, ni sapos que viniesen á turbar mi reposo.

El dia 28 lo destiné á descansar para reponer mis fuerzas y arreglar los apuntes de mi diario.

Biblioteca Nacional de España

Dos grandes sorpresas me guardaban mis amigos para el dia 29, una visita á la célebre *Cueva del Indio*, de la cual, cuenta el vulgo historias maravillosas, y otra á un peñasco no ménos célebre, designado en el país con el nombre de *Botijuela*, por tener en su forma cierta analogía, aunque muy vaga, con la de este utensilio doméstico.

Habíanme asegurado con toda la buena fé del mundo, que en aquella cueva encontraría restos muy notables de antigüedades indias, que sus paredes conservaban aun gravadas ciertas figuras alegóricas que nadie podia descifrar; que al rededor de la gruta, habia asientos tallados en la roca, donde sin duda los habitantes primitivos debian celebrar sus misteriosas asambleas, y por último, que hasta hallaría restos de sepulcros de aquella época remota, que no podrian ménos de darme alguna luz sobre una de las manifestaciones que mas caracter suelen tener, entre los pueblos salvajes.

Respecto á la *Botijuela*, decianme tambien que su forma era indudablemente artificial, que se notaba en su esterior la huella indeleble del trabajo humano, y que en su parte superior se adaptaba una especie de tapon perfectamente ajustado, señal evidente de que la piedra contenia en su interior un receptáculo, donde acaso en la época de la conquista habrian ocultado los naturales sus mas preciados tesoros.

En cuanto á la cueva todos hablaban por oidas, porque su entrada es tan difícil y trabajosa que ninguno de los que me contaban sus *maravillas* se habia aventurado jamás á penetrar en ella, pero todos hablaban de algunos de sus ascendientes, que como testigo ocular les habia hecho el relato. Por lo que hace á la *Botijuela*, la habian visto algunos de los presentes, pero casi siempre de léjos y sin darle grande importancia, á pesar de la tradicion seductora y constante.

Como la escursion debia ser larga, preparamos un almuerzo campestre que debíamos tomar cerca de la cueva; montamos a caballo à las siete de la mañana y á ntes de la nueve

Biblioteca Nacional de España

estábamos ya al pié del monte, en cuya falda se halla el antro misterioso que de tal manera tenia mi curiosidad excitada. Un negro habitante en aquellas cercanías, debia guiarnos á la puerta; y en efecto, allí nos estaba esperando, pero con ánimo decidido de no penetrar en las entrañas del monte.

A nuestro paso por las orillas de su riachuelo, observamos muchas y profundas escavaciones hechas por los buscadores de oro, que á veces se encuentra en abundancia y que hoy, con mejor acierto, apenas se entretiene en buscar el campesino, seguro de encontrar minas mas abundantes en el cultivo de su fértil suelo.

Ya en la boca de la cueva solo mi amigo Ramiro tuvo bastante abnegacion para seguirme; y excitado el amor propio del negro, este se aventuró tambien á penetrar en compañia de los blancos, santiguándose con profundo recojimiento y recitando en voz baja una oracion para nosotros ininteligible.

Hallábase la boca obstruida por una espesa cortina de bejucos, y otras plantas que hubo que separar á fuerza de machete, hecho lo cual y preparada una antorcha que necesitariamos muy pronto, penetramos á rastro como el lagarto en su guarida, no sin peligro de rompernos el cráneo contra la punta de alguna roca. Así avanzamos algunas varas, siempre descendiendo, hasta que la cavidad, ensanchándose de repente nos permitió ponernos de pié y examinar lo que en su interior contenia.

¡Que desencanto! Ni en el piso, ni en la bóveda, ni en las paredes habia la menor huella de la mano del hombre; todo presentaba la misma deforme irregularidad con que aquellos enormes peñascos se habian colocado sosteniéndose unos á otros, en los momentos del cataclismo que debió producir aquella concavidad en las entrañas de la tierra. El negro procuraba en vano, descubrir un signo en cada grieta natural de la roca; las leves y casi imperceptibles cristalizaciones de su superficie, que reflejaban los rayos de la luz que nos alumbraba, eran para él, indicios de una riqueza mineral de valor inmen-

Biblioteca Nacional de España

so, y cualquier plano horizontal, de grande ó pequeña estension, respondia perfectamente á la idea misteriosa por él, y por el vulgo acariciada y preconcebida.

No merecia ciertamente la *Cueva del Indio*, el trabajo empleado en investigarla; pero al fin habíamos logrado desvanecer una de las muchas preocupaciones tan comunes en todos los pueblos, y esto ya era algo.

Salimos de allí sofocados por la atmósfera caliente y húmeda que nos habia causado una gran molestia, y pronto el aire puro del campo, volvió á dilatar nuestros pulmones. Al salir de la cueva, vimos enroscada una culebra enorme entre unas matas; al vernos levantó la cabeza y empezó á desarrollarse; mas yo que tenia mi escopeta á mano le dí muerte ántes de que concluyera su operacion. Medímosla despues y tenia de largo cerca de tres métros, y mas de veinticinco centímetros de circunferencia.

Despues supe que habia hecho mal en matarla, porque estos reptiles, aunque de gran tamaño, son enteramente inofensivos, y prestan grandes servicios á los habitantes del campo, destruyendo muchas alimañas en extremo perjudiciales.

Concluido el almuerzo volvimos á montar á caballo y nos encaminamos al sitio donde se halla la *Botijuela*. Allí nos esperaba otro desengaño mayor, si se quiere que el que habiamos esperimentado en la *Cueva del Indio*. La piedra tan renombrada no es mas que una agrupacion silicia, formada al rededor de otra piedra de la misma sustancia, que habiéndose roto por su parte central, ha dejado esta al descubierto y es lo que aparece en forma de tapon sobre su punto mas elevado.

Para llegar hasta donde se hallaba la tan decantada *maravilla*, un negro del país tuvo que abrirnos paso entre la maleza á fuerza de machete, trabajo que no merecia la pena de ser empleado, aunque el descubrimiento hubiese sido de alguna mas importancia.

Desde allí nos volvimos á descansar á Luquillo, donde

Biblioteca Nacional de España

nos detuvimos hasta las diez de la noche, para observar desde la playa un fenómeno verdaderamente singular, y que no llama tanto la atencion en el país, por ser un espectáculo diario. Este fenómeno que nadie ha sabido esplicar hasta ahora satisfactoriamente, es la aparicion súbita en la superficie de las aguas y á la distancia aparente de ménos de un kilómetro de la costa, de tres brillantes luces un poco rojizas y de notable intensidad que á veces se aumentan hasta cinco, y otras quedan reducidas á una sola, desapareciendo en algunas ocaciones por largos intérvalos y volviendo á aparecer de una manera hasta cierto punto caprichosa.

Muchos habitantes del pueblo y entre ellos algunos marinos de profesion han tratado, no una vez sola de investigar la causa y el lugar donde se producen aquellos misteriosos faros y para ello se han embarcado en un bote con direccion á las luces, que al llegar cerca de ellas, han desaparecido, volviendo á presentarse, cuando el investigador se hallaba á larga distancia.

En la noche á que me refiero solo apareció una luz ó *hacho*, como en el país se les llaman; lo estuve observando detenidamente y no presentaba á mis ojos ni un carácter decididamente fosfórico, ni el de la luz eléctrica, conocida con el nombre de San Telmo, que suele aparecer alguna vez, sobre los palos de un buque, cuando se halla en alta mar y en ciertas condiciones atmosféricas. Consigno el hecho como real y efectivo, sin tratar de esplicar su causa, dejando á la ciencia el trabajo de investigar y definir la naturaleza de dicha luz, y por que desde tiempo inmemorial se produce constantemente en el mismo sitio el indicado fenómeno, sin faltar mas que en las noches de luna, si ésta no se halla nublada.

A las once de la noche volvimos á la Hacienda de los *Mameyes*, con intencion de regresar al siguiente dia á la Capital donde me aguardaba la penosa tarea de hacer los preparativos para mi viage al continente, y despedirme de los muchos y atectuosos amigos que tan deliciosa han hecho mi permanencia en esta bella y hospitalaria Isla.

Biblioteca Nacional de España

Empleé la mañana del miércoles 30 en consignar mis últimos apuntes. A las tres de la tarde ya nos habiamos despedido de nuestros amables huéspedes, y nos disponiamos á montar á caballo para regresar á Loiza, cuando una negra y espesa columna de humo, que se levantaba en un cañaveral algo distante, nos anunció la desgracia de un terrible siniestro en la Hacienda próxima. El infatigable D. Eugenio Benitez, reunió toda su gente á son de campana y nos dirigimos al lugar del siniestro, donde tomadas las precauciones necesarias, para evitar que el fuego se propagase, logramos circunscribirlo á un estrecho espacio, estinguiéndolo por último á las dos horas proximamente de haberse presentado, sin que por fortuna hubiese que lamentar pérdidas de consideracion, ni desgracia alguna personal, á pesar de que los negros se lanzaban en medio de las llamas con un valor verdaderamente temerario.

Como solo quedaba una hora de dia, y los caballos estaban fatigados, aplazamos nuestro regreso hasta la mañana del dia siguiente.

Al salir el sol del juevés 31, estabamos ya en camino, llegando al pueblo de Loiza antes de las nueve de la mañana. Alli descansamos hasta las tres de la tarde, que continuamos por la orilla de la playa nuestra vuelta á la Capital, deteniendonos mas de una vez á contemplar las magníficas vistas, que sobre el Occéano se presentan desde algunos puntos. A las siete de la noche, entrabamos en la Ciudad de Puerto-Rico, donde nuestros amigos nos esperaban impacientes.

Puerto-Rico 4 de Abril de 1870.

José M. Gutierrez de Alba.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España